

de los pecados las condenaciones. Esto has de decir; y sabete, que yo soy el demonio, y que así me manda, y me obliga Dios á que te lo diga. ¿Pues, cómo me han de creer? replicó el Sacerdote, que dirán que yo lo fingí, ó lo soñé. Yo te daré la señal para que te crean; y pasándole su negra mano por la cara, se la dexó tan negra como un carbon, y le dixo. Por mas que te laves, no podrás quitarte ese color; pero luego que digas lo que te he dicho, lavate allí en la Iglesia con el agua bendita, y quedarás blanco. Así fue: pareció tan atezado, y negro en el Synodo: dixo su razonamiento, como se lo encargó el demonio, y lavándose luego con el agua bendita, quedó blanco. Llenó de espanto à toda Francia este suceso. Y ahora, Fieles, ¿a quién daré yo las gracias de parte del demonio? Sabemos, y nos consta el santo zelo de nuestro Ilustrísimo Prelado, y de todos los señores Curas, en la explicacion de la Doctrina Christiana: en esta Casa es continuo el exercicio todo el año, ¿Pues à quién daré las gracias el demonio de que tantos miserables esclavos no la sepan? Oh, Dios! A vosotros, padres de familias, os saludan los Príncipes de las infernales tinieblas, y os dan las gracias de que vuestros esclavos, por vuestro descuido, vivan tan como bárbaros, sin saber lo que necesitan para salvarse, por lo qual tantos se condenan: de que delante de Dios no os queda ya ni la mas leve excusa. Hacedlos venir acá, hacedlos venir, hacedlos que aprendan esa Doctrina breve, que esto miró el santo zelo del que la compuso, juntando en ella lo que nos obliga saber, y creer debaxo de pecado mortal.

Padre, hay negros bozales, y chimericos, y son rudísimos. Eso os obliga mas que con mas continuation se les enseñe. Y si es tanta la rudeza, que aun despues de mucho tiempo de enseñarles, aún no saben; por lo menos sepan estos, lo que ya dixé que es tan necesario, como medio, que no se salvarán, teniendo uso de razon, si no lo creen: Que es Dios uno solo, y tres Personas: Que ha de condenar à los malos, y premiar à los buenos: Que Jesu-Christo es verdadero Hombre, y verdadero Dios. Sepan, y crean esto, y todo lo demás, que es de precepto, procurese siempre que lo sepan, como alcanzare su rudeza. Y si mas no se puede, enseñarlos à acudir à la que es Fuente de la Luz, à la que es Madre de la Gracia, à la que es Maestra de la Fé, à la que enseñó à los Apostoles, à la que alumbró à los Evangelistas, à MARIA à MARIA. Oh, Señora, y qué tarde llego à tus elogios, quando ya me falta el tiempo! Pero à tus debidas alabanzas jamás cesarán las eternidades.

Un Soldado, dexadas las armas del siglo, se entró Monge Cisterciense; pero con el Abito se quedó tan bronco, y tan rudo, como antes: de modo, que jamás pudo aprender las oraciones, y rudimentos de la Doctrina. (*Spec. Exemp. verb. Salut. Aug. ex. 1.*) Afígliale esto mucho al Abad, y con cuidado, è instancias, no pudo jamás con-

seguir de su rudeza, sino que aprendiese el Ave Maria: esta rezaba casi cada instante, viviendo inculpable vida. Murió: y habiendole enterrado en el Cementerio, mostró bien la Señora quanto le habia agradado: porque creció sobre su sepultura un arbol, en cuyas hojas todas con letras de oro estaban escritas estas palabras: AVE MARIA GRATIA PLENA. Al rumor del prodigio acudió innumerable Pueblo: vino tambien el Obispo, hizo cavar el arbol, y hallaron, que le nacia de la boca à aquel Santo Monge, dichosamente rudo, mejor diré, dichosamente sábio, que así, por medio de las alabanzas de Maria, logró la sabiduria eterna.

Oh! en buen hora vengas al mundo, Aurora la mas bella que destierres las tinieblas de nuestra ignorancia: Estrella la mas pura, que alumbra las tristes sombras de nuestra ceguedad: Sol el mas hermoso, que llenas nuestros entendimientos con los rayos de la mas provechosa doctrina. Vengas en buen hora, reciennacida, que abrevias en tus prerogativas las eternidades: Niña, que cifies en tu pequeñez de gracia lo infinito: Criatura, que en tus límites has de abreviar lo inmenso, hoy todos te saludan conmigo: Dios te salve, Hija de Dios Padre, en tus manos encomiendo mi Fé, para que la alumbres. Dios te salve, Madre de Dios Hijo, en tus manos entrego mi Esperanza, para que la alientes. Dios te salve, Esposa del Espíritu Santo, en tus manos pongo mi Caridad, para que la inflames, para que salga yo de mis ignorancias: tú eres la Maestra de la Fé, y para que salga yo de mis culpas, tú eres la Maestra de la Gracia.

¶ *Si guense quatro Sermones, que en esta inmediate Quaresma predicó el mismo Padre Juan Martínez de la Parra en la Casa Profesa de México, por contener puntos de explicacion de Doctrina Christiana, y que pueden ser de provecho à los que los leyeren.*

DEL AMOR DE LOS ENEMIGOS.

PRIMER VIERNES DE QUARESMA EN LA CASA PROFESA DE MEXICO, AÑO DE 1691.

Diliges proximum tuum, & odia habebis inimicum tuum: Ego autem dico vobis: Diligite inimicos vestros. Matth. cap. 5.

SI el amor es tan facil como querer, ¿qué es ya lo que en este dia me queda que persuadir? Todos confiesan desde luego por tan cierto como experimentado, que esto de amar, no es mas que querer. Y si es esta verdad tan cantada, ¿qué tengo yo que atender dificultades, que ponderan en su agravio para amar los ofen-

di-

did, embarazos que representan para amar en su honra los duelistas, è imposibles, que, segun leyes iniquas del mundo, alegan los estadistas por el maldito duelo? Pues embarazos, que con solo querer se allanan, no son embarazos; dificultades, que con solo querer se vencen, no son dificultades; imposibles, que con solo querer se facilitan, no son imposibles: Alto, pues, si todos cantan, que esto de amar no es mas de querer, amad à vuestros enemigos: *Diligite inimicos vestros: Jesu-Christo es quien así lo manda. ¿Qué tengo yo que gastar tiempo en traer exemplos, alegar autoridades, discurrir razones, ponderar argumentos? Que quien à su mismo Dios no oye, ¿qué le moverá? En amarlos nos vá la salvacion, la riqueza inmensa, la quietud perdurable, la honra eterna. ¿Pues qué tengo que gastar tiempo en proponerle al agraviado la quietud de esta vida, el provecho, y la honra del mundo, si perdona? Pues aunque le concediera que el perdon fuera acá la mayor desventura, infamia, y deshonra, padecer todo eso aun fuera nada, por conseguir en el Cielo la que solo es honra, que es la eterna: *Solus honor* (dixo de aquella el Grande Agustino), *qui nulli negatur digno, nulli deseretur indigno.* Y en fin, ¿qué tengo que adelgazar discursos para mostrarle à la voluntad lo facil, lo hacedero, lo suave, que es cumplir este precepto, si todos me confiesan ya, que esto de amar es tan facil como querer? Así es, (me dirá alguno, picado de Filosofo) pero eso se entiende en amar un objeto agradable, donde se reconoce conveniencia, donde se halla gusto. Admito la respuesta; pero veamos qué se le responde à esta instancia. Y si la Fé, si la verdad eterna, si el mismo Dios nos asegura en el amar al enemigo el mayor gusto en la quietud de la conciencia, el mayor provecho en el bien del alma, y el deleyte mas inmenso de la Gloria: luego tambien el amar al enemigo será tan facil como querer. Ea, que no tiene excusa nuestro amor, si no queremos negarnos à la Fé; y quien à la Fé no atiende, no me oiga, que para oyentes Católicos esto basta. Querer mal, y querer bien, todo es querer; y si querer el objeto agradable es amor de la hermosura, querer al enemigo es amor hermoso. El uno busca la hermosura; el otro en sí mismo la tiene: y lo que vá de buscar à tener, eso vá del amor de la hermosura, que tiene por madre à la Naturaleza, al amor hermoso, que amando al enemigo, tiene por madre à Maria, y goza en sí mismo la mejor hermosura de la gracia. AVE MARIA.*

Diliges proximum tuum, &c. Matth. ubi suprâ.

COMO es este Sermon de enemigos, se ha reducido à un campal desafío, en que todo es batallar con argumentos, discursos, y razones. Mas yo confieso desde luego, que no me hallo

hoy con valor para salir así desafiado à la campaña, no pienso tan à campo abierto tirar puntas, que hallando broqueles de excusas, y tretas de sinrazones, despues de muy fatigados, no hayamos de volver otra vez à la Ciudad, tan como de antes enemigos. Mas à lo casero pienso batallar hoy; y por eso, dexando las razones de estado, y los duelos à los que reventando muy de honrados, con un punto solo revientan, y baxan al Infierno en un punto: *Et in puncto ad inferna descendunt.* (*Job cap. 21. v. 13.*) Dexando los desafíos, las armas, y las carabinas à esos valentonazos, que venden vidas, y que con esas armas baxarán al Infierno à proseguir contra sí mismos la batalla: *Descendunt in infernum cum armis suis.* (*Ezech. c. 32. v. 27.*) Me pienso entrar à buscar dentro de las casas, y aun dentro de las recamaras los enemigos, que quizá por ruines, se esconden.

Yá, pues, lo que otras veces se supone desde luego, como ya sabido, eso es lo que hoy ha menester mi ignorancia averiguarlo: Amad à vuestros enemigos. ¿Y quiénes son, pregunto yo, estos enemigos, à quienes debemos amar? Qué ociosa pregunta! No, no me la culpen tan presto, antes que muestre mi razon, y confiese nuestra experiencia, que no tiene nada de antojadiza. Suponese en el Evangelio (y son aun los mas perversos Judios los que lo suponen) que amamos à nuestros proximos: *diliges proximum tuum.* Y si yo, segun andan vuestras costumbres, no puedo distinguir por las acciones, cuáles son estos proximos, que ya se aman: ¿cómo podré conocer, cuáles son los enemigos que se han de amar? Si por las acciones, si por las obras, si por los efectos nadie acertará à distinguir en México quienes se miran como proximos, ¿cómo en tal confusion habrá quien determine cuáles se miran como enemigos? Y si lo que ya se supone está dudoso, ¿cómo sabrémos lo que se manda?

El caso es, oyentes míos, que piensan muchos, (ò por lo menos, obran, proceden, y viven como si así lo pensaran) que estos enemigos, à quienes debemos amar; solo se entiende de aquellos, que cargados de armas andan desafiando para matarse. Piensan, que las venganzas que aquí se nos prohiben, solo son aquellas, que tirando al ultimo destrozo, intentan derramar la sangre del corazón, y la vida. Piensan las mugeres, que esto de enemistades, prohibidas en el Evangelio, solo habla con los hombres, que todo lo remiten à la espada. Piensan los parientes, y hermanos, que esto de odios detestables à Dios, solo se les prohibe para con los estranos. Piensan los que se comunican en una casa, y en un oficio, que esto de rancores, solo los destierra Jesu-Christo de entre los que ni se vén, ni se comunican, ni se hablan. Piensan los que se llaman amigos, que estas malas voluntades solo las

reproba Dios entre los ya declarados enemigos. Y en fin, piensan los unos, que solo hay enemistades donde han intervenido manifestos agravios. Y piensan los otros, que solo hay odios, donde con la estrafieza, el retiro, el ceño, se han negado el habla, la comunicacion, y la cortesía. Pues valgan verdades, y quitemos solapas: Hay gravísimos rancores entre vosotros, sin desafíos, sin armas, sin pistolas, sin que se derrame la sangre, y sin que se quite la vida. Hay funestísimos odios dentro de una misma casa, de una misma familia, de un ejercicio mismo, entre los que se hablan, se comunican, y se saludan. Hay enemistades mas crueles dentro de las mismas que se llaman amistades. Y en fin, hay quien aborrece al que nunca en nada lo agravió; hay quien lo dispone la ruina al que le está mostrando la risa; y hay quien le traza la deshonra a aquel a quien le está haciendo el obsequio. ¡Oh, Dios, cuáles estamos!

Yá, pues, lo que en el Evangelio se supone, eso es lo que yo quisiera persuadir. Se supone, que amamos al proximo: ¿Pero qué entienden aquellos por proximos? Yá se vé, que no era la general proximidad, en que todos descendemos de Adán, que así no hicieran ellos distincion. Llamaban proximos, dice Alberto Magno, a los parientes, a los que son de un ejercicio, vivienda, oficio, y a los amigos: *Proximitas hæc est conjunctio originis, vel convictus, vel beneficii, vel vedilectionis*. Pues si los que los mas perversos Judios llamaban proximos, esos estamos viendo entre los Católicos, que son los mas perversos enemigos, segun andan nuestras costumbres; lo mismo pienso que es decir: *Diliges proximum tuum*, amarás a tu proximo, que es decir: *Diligite inimicos vestros*, amad a vuestros enemigos.

Confuso me hallaba aquí, sin saber por donde entrar á tan espesa selva de malezas tan venenosas: quando me rota la atencion una miserable muger, que haciendose camino por entre porteros, y guardas, entra, enviando por delante sus sollozos, a los estrados de David; y despues que postrada desahogó el corazon en gemidos envueltos en lagrimas. ¡Oh, Rey piadoso, le dice! halle acogida en tu clemencia una muger, que por viuda, desamparada, y sola, le quieren atropellar su justicia. Di, muger, sosiega: Y ella: Tenia yo, Señor, dos hijos; y nunca los tuviese, para no vér ahora dividido mi corazon en dos mitades! Ellos entre sí se travaron (qué sé yo) desafiaronse al campo, y el uno de ellos (qué desgracia!) quitó al otro la vida, (qué dolor!) y sobre tanto, ahora sus parientes, y míos, aunados todos, me quieren tambien a mí quitar la vida, dandole al que queda la muerte: *Et ecce consurgens universa cognatio dicit: Trade eum qui percussit, ut occidamus eum, & deleamus hæredem*. ¿Qué dices muger? que el dolor te tiene perturbada; ¿pues quién te havia de creer, que tus parientes hicieran tal? Aun si dixeras, que los Mi-

nistros de Justicia, aun havia mucho que dudar; mas los parientes, que havian de aliviar tu dolor, que son parte en tu sentimiento, ¿lo havian de aumentar así? ¿Qué remedial del daño? ¿Qué templán del dolor? ¿Si yá murió el uno, qué han de hacer con matar al otro? ¿Qué? Yá lo previno esa muger bien discreta: Era el que quedaba heredero: *Et deleamus hæredem*. ¿Eso hay? ¿Herencia que partir? Pues yá creo desde luego, que los parientes serán los muy primeros a matar: *Probabile fecit commentum suum Thecuana mulier* (dixo N. V. Gaspar Sanchez) *cum sapiens inducit, & deleamus hæredem: quasi diceret, ut tollamus impedimentum, quod nobis ad paternam bonam aditum occidit*. ¡Ah, interés vill, infame interés! que así atropellas los fueros de la naturaleza, las obligaciones de la sangre, los limites de la razon, y las Leyes Santas de Dios! Estamos viendo, que se pasan años enteros sin que ésta visite a aquella otra Señora, que ni en la calle, ni aun en la Iglesia se saludan. ¿No son parientes? Y aun hermanas son: ¿Hermanas, y de esta suerte? ¿Pues qué os admira? Mas pasa, y mas dixerá. ¡Oh, Dios! ¿Pues quién puede entre tanta estrechez de amar romper el lazo? ¿Quién entre obligacion tan precisa, reconocida aun de los tigres, dispensar el respeto? ¿Quién entre sangre tan una dividir los corazones? ¿Y quién entre dos mugeres, que se llaman Christianas, hizo olvidar así la Ley de Dios por un escandalo tan público? El interés, el interés, que no tiene mas parentesco, que el dinero. *Nescit propinquitatis jura cupiditas, sed propria utilitas hæc frater est*, dixo Tertuliano. (Tert. Adv. Gnost.) El caso es, que sus maridos, ó por un pleyto que siguen, ó por una herencia que pretenden, ó por una quenta que no ajustan, ó por no sé que deudas que entrapman, andan entre sí desavenidos, y perdido por el interés el respeto al mundo, y a Dios; cerrando los ojos a lo justo, abren las puertas al escandalo, y les han mandado, que ni se hablen, ni se comuniquen, ni aun se saluden. ¿Y se ha de guardar esta ley de un marido rustico, y se ha de atropellar la Ley de Dios? ¿Cómo se confiesa esta genté? ¿Cómo comulgan? Si en una misma reja de comulgar, concurriendo juntas, ni aun se miran. Lo que yo sé es, que el Concilio IV. Cartaginense (Can. 93. D. 90. cap. oblat.) prohibe, que se admitan al Altar las ofrendas de los que así en lo publico, mostrandose enemigos, no se saludan. El Concilio XI. Toledano (Can. 4.) manda, que a estos se les niegue la Santisima Comunión. El Concilio Agatense dispone, que como miembros podridos, lo aparte de sí la Iglesia con sentençia de Excomunión. (Can. 31. D. 90. c. plac.) Y acá vemos, que siendo el escandalo tan notorio, dura el odio hasta las mismas Aras de Clemencia, y comulgan juntos los que tienen los corazones tan divididos. ¡Oh, Santo Dios! No niego, que el saludar una persona a otra, no es parte del todo necesaria al verdadero amor, que hoy nos intima nuestra Vida Christo; pero si el negar las salutaciones, es entre

per-

personas en que por algun especial titulo, ò de parentesco, ò de obediencia, ò de pública amistad que antes havia; se echa menos la cortesía, ¿quién evitará el escandalo, y por consiguiente la culpa? ¿Todavía comulgan estos? ¿Cómo se confiesan? vuelvo a preguntar.

Pero aun son mas frívolas las excusas con que por confesar el interés, quieren dorar la enemistad: Que no me dió parte de su funcion, ò de su boda, antes que a los demás. ¿Y por ese puntillo tan vano, se toma sobre el alma todo un monte de culpas! Vence Gedeon al Madianita, y quando las Tribus todas de Israel celebraban la victoria en festivos aplausos, hé aqui que la tribu sola de Efraim levanta tan amargas quejas, que faltó poco para convertirse el aplauso en la batalla mas sangrienta: *Jurgantes fortiter, & propè vim inferentes*. (Judic. c. 8.) Y toda la querella se fundaba, en que no los llamó Gedeon a la batalla: *Quid est hoc, quod facere voluisti, ut nos non vocares cum ad pugnam pergeres contra Madian?* ¿Pues valgame Dios! ¿Por qué ha de ser sola la Tribu de Efraim la que tan ofendida se queja? Callan las demás, y esta sola hace sentimiento? Si: Eran los de Efraim los mas cercanos parientes de Gedeon, que era de la Tribu de Manasés, ambas descendientes de Joseph, y fundabase el sentimiento en el mas cercano parentesco. Fineza de amor parece, que tanto sientan no haver entrado con sus parientes en la batalla. ¿Parientes que se ofenden de que no los llamen en el aprieto, nobles parientes por cierto! así parece, dixo el Abulense; pero no es esa queja, sino dolor de no tener parte en los despojos: es sentimiento de vér, que los de Manasés se les aventajan, y por eso quando todos aplauden, los mas parientes son los que turban el regocijo de la victoria. Es cierto, y consta del Texto del capitulo antecedente, que los havia convidado Gedeon para la batalla: ¿pues cómo se quejan de que no los llamó? porque los llamó con todas las demás Tribus, y queria su soberbia, que el convidarlos a ellos fuese con muy especial ceremonia: *Putabant* (dice el Abulense) *se contemni, si non observarentur eis multe ceremonie honoris*. ¡Ah, cuántas que parecen finezas de amor, son dorados pretextos de la mas villana ruindad, y con un puntillo, que alegan para el sentimiento, ocultan venenosas puntas de solapados odios! ¿Qué murmuró, qué habló, qué dixo? Y por ese chisme de una criada, por ese cuento de un hombre ruin, ò de un lacayo, se han de estar ardiendo dos casas? ¿Y lo ha de saber, y lo ha de murmurar, y lo ha de reir toda la República? Que casó la otra, ò el otro a disgusto mio, y deshonra de su linage. Quizá no es tan en deshonra, como lo finge vuestra soberbia. Mas pregunto: ¿Porque no le habéis, ni lo veáis, dexa él de ser vuestro pariente, ò vuestro hijo? No. ¿Se deshace por eso el casamiento? Menos: ¿Pues padecer por aquel casamiento la deshonra, y

perder por ese odio el alma? ¿Honra, y alma perdidas? ¡Oh Dios! ¿Qué necesidad mayor, que remediar una pérdida con otra pérdida, y perder el alma? ¿Porqué os parece que se perdió la honra? Los Barbaros, nos dice hoy Jesu-Christo, la gente sin Dios, los Gentiles, comunican, y saludan a sus parientes: *Si salutaveritis fratres vestros tantum, nonne, & ethnici hoc faciunt?* ¡Oh, Señor! Y si ni a un esto hacen vuestros Christianos, ¿qué dirémos? Pues hacen punto de honra, lo que aun los mismos Gentiles miran como a infamia.

Facil prueba nos ofrecen difíciles palabras del segundo del Paralipomenon: *Congregati sunt contra Israel filii Moab, & filii Ammon, & cum eis de Ammonitis*. (2. Paralip. c. 10.) No es menester mas que leerlas, para que todos al punto cozoñan su dificultad. Dice que se coligaron en armas contra los Israelitas los hijos de Moab, y los hijos de Amon; y con estos algunos Amonitas. ¡Hay tales palabras! Los hijos de Amón, y algunos Amonitas? Es lo mismo que si dixerá: Se juntaron los de Roma, y con ellos algunos Romanos: los de España, y con ellos algunos Españoles. ¿Pues para qué es esta repeticion tan ociosa? No lo es, dice San Gerónimo, porque esos que llama Amonitas, no lo eran en la Nacion, por eso no los llama hijos de Amón: eran Amonitas solo en el traje porque esos eran Iduméos. Basta la autoridad de tanto Padre, para sacarnos de esta duda, pero aun queda otra: porque si son Iduméos, ¿porqué se han de llamar Amonitas? *Et cum eis de Ammonitis*. Es el caso, dice S. Gerónimo, que la guerra se hacia contra los de Israel, contra los hijos de Jacob; y los Iduméos eran hijos, y descendientes de Esaú, hermano de Jacob; eran parientes suyos: pues pelear contra sus parientes, dióles verguenza a los Iduméos, ¿y qué hacen? Mudanse el traje, y quieren mas aína llamarse Amonitas, porque no les queda la infamia de que se diga en el mundo, que unos parientes hacen guerra con enemigos a otros parientes. ¡Oh, qué de alma tienen las palabras de San Gerónimo: *Ob reverentiam paterni nominis volebant in pristino habitum Ammonitarum*. (S. Hieron. in 99. Hebr. in Par.) De modo, que unos Bárbaros tienen por infamia declararse contra sus parientes por enemigos, ¿y entre Católicos se ha de tener por honra fundar la enemistad mas cruda en el mas estrecho parentesco?

Y si así pasa entre los que son de una sangre, ¿qué sucede entre los que son de un ejercicio, y de un oficio? Yá lo responde la vulgaridad. *Quién es tu enemigo? El de tu oficio*. Y de estos, ¡oh, cuántos hay! hay enemigos en los Palacios, en los Tribunales, en las Escuelas; hay enemigos en las tiendas de oficiales, y de mercaderes; hay enemigos en las casas, y hay enemigos hasta en los claustros; hay enemigas en las visitas, y hay enemigas en los estrados, ¡Oh, cuántos enemigos! ¡Oh, qué nunca ve-

mos

mos que se desafien! Es verdad; pero se deshonran. No sacan las espadas: así es; pero juegan las lenguas: no andan cargados de veneno las intenciones: no se derraman la sangre: es verdad; pero hacen que corra sangre, la reputación, y el crédito: no se quitan las vidas: así es; pero se condenan las almas. ¡Oh! que se hablan, se visitan, y se saludan! Si; pero con qué políticas, con qué maquinas, con qué trazas! Nunca se han hecho agravios; es verdad; mas con todo eso son enemigos. ¿Pues por qué son estas tan perversas enemistades? ¡Ah! está el punto; aguarden.

¿Qué agravio le hizo aquella santa muger Ana, à la otra llamada Fenena, para que ésta continuamente la royeta con murmuraciones, y aun la atormentara con oprobrios? (1. Reg. 1.) No fue mas el agravio, sino que era Ana de mejores prendas que no Fenena, y que por eso, aunque infecunda, mas querida de Elcana su marido. De modo, Señora, que porque la otra se os aventaja en la hermosura, en la discrecion, en las prendas, sin haveros hecho mal alguno, la haveis de tener tan por enemiga, que ha de ser todo el blanco de los apodós, de la murmuracion, y de la risa? y que solo un pelo que le notéis, ha de ser por vuestras bocas el platillo de los estrados? Dura cosa por cierto. ¿Qué ofensa le hizo David à Saúl para que con tanto rancor tirara por tantas veces à quitarle la vida? Toda la ofensa fue, despues de darle la salud, asegurarle el Reyno, y conseguir insignes victorias, que allá le llevó David no sé qué aplausos de las damas de Jerusalén, y que acá el mismo Dios le dió el Decreto para suceder à Saúl en el Reyno. De modo, Cavallero, pretendiente, que porque el otro haciendo como vos su diligencia, por su maña, por su brazo, ò sea por su mano, logró la gracia, ganó el decreto, alcanzó el oficio, sin haveros hecho otra ofensa, lo haveis de coger por tan enemigo, que al punto hemos de saber todos por vuestra boca, quiénes fueron los abuelos, quáles sus procederes, y de dónde fueron sus principios? Terrible caso! ¿Qué agravios les hizo allá Jacob à los hijos de Laban, para que ellos tan à boca llena dixeran, que era un ladrón al verlo rico? *Tulit Jacob omnia, quæ fuerant Patri nostri.* (Genes. 13.) El agravio, que les hizo, fue servirle à su Padre catorce años, como un esclavo; hacer con él pactos muy licitos; premiarle Dios su trabajo, y aumentarle su hacienda. De modo, Mercader, Oficial, Tratante, que porque al otro le embia Dios la suerte à sus puertas; porque vés que gana, porque vés que sube, porque vés que se aumenta, sin hacerte à mal alguno, ¿lo has de tener tan por enemigo, que no sosiegues por armarle la zancadilla, y por arruinarle en el crédito? ¡Grave desdicha! Y por abreviar, ¿qué agravio hizo Abél à Cain? Joseph à sus hermanos? ¿Y por qué ni aun el Cielo se escapó de esta peste? Qué agravio le hizo el Verbo de Dios Encarnado à Lucifer tan amotinado, y rebelde: ¡Oh! qué de enemistades sin agravios! ¡qué de odios sin ofensas, tan-

to mas perniciosos, quanto mas ocultos! Y ¿no, ¿qué desafes se siguen de estas solapadas enemistades?

¡Ah, mi Dios, y qual está el mundo! Exclama el mayor Sabio, y mejor desengañado Salomón: *Vidi calumnias, quæ sub sole geruntur, & lacrymas innocentium, & neminem consolatorem.* (Ecc. 4.) Estoy viendo hervir las calumnias, los falsos testimonios, las imposturas, las deshonras: el que ayer tan honrado, ya caído; el que ayer con caudal, ya perdido: gime oprimido à las violencias el desvalido, y no le queda al inocente otro consuelo en su total desdicha que sus lagrimas. ¡Ah, mundo! Dichoso el que con la muerte se ha librado yá de tal vida, y mas dichoso el que no ha nacido à vér, y padecer tanto tropél de desventuras! Pero si tantos caen, sin saberse por qué; si tantos se arruinan, sin vér como alguna mano anda aquí, que por lo baxo mueve tantas desdichas: ¿qué mano tan poderosa será la que así trastorna todo un Mundo? Pues en verdad, que por mas que se esconda, yo la he de averiguar. ¿Y miren quién? un Salomón puso à pensarlo de espacio: *Rursus contemplatus sum:* Fue cotejando sucesos, fue atando cabos, y halló el fin. ¿Qué es lo que halló? Ya lo dice: *Omnes labores hominum, & industrias animadverti patere invidia proximi.* He advertido yá, dice, que no hace accion el hombre, ò yá sea de las que acaba la mas afanosa fatiga, ò yá las que consigue la mas mañosa industria, que no esté patente à la embidia del vecino, del compañero, del de su profesion, y de su oficio; es es el que allí llama proximo, dixo nuestro Cornelio: *Invidia enim est inter aquales, & ejusdem artis, figulus figulo invidet, faber fabro:* Bien está; ¿mas qué tiene eso que vér con las calumnias, los gemidos, las violencias, las lagrimas de que se acaba de lamentar? ¿Qué? Que esta es toda la causa de tantos males. *A calumnia, prosigue Cornelio, transit ad invidiam, tamquam ab effectu ad causam: invidius enim calumniator facta alterius, ut ea obscurat.* ¿Pues qué os parece, que esos mirones no hacen mas que mirar? ¿Aquel artivar, aquel escudriñar, aquel averiguar, aquel notar, no para mas que en eso? Pues ellos son los que destruyen, los que arruinan, y los que pierden. ¿Porqué aquel cayó de la gracia del poderoso? Porque el otro mirón le armó el chisme. ¿Porqué à aquel oficial le quitan aun el trabajar en su oficio? Porque hay muchos Veedores, que son Veedores de la embidia. ¿Porqué aquel Mercader titubó en el crédito? Porque no siendo tyrano vendió y le han levantado, que quema los otros, que porque ellos no venden se queman. ¿Porqué aquella pobre muger vive en un infierno con su marido? Porque la otra vil ramera la ha puesto mal con él, por estafar ella. ¡Oh, qué proximos tan perniciosamente enenigos! *Patere invidia proximi.*

Arroja el Rey Dario à Daniél en un lago de hambrientos Leones, y cerrando luego el lago con una

una grande Peña, lo sella con su Anillo Real. ¡Ah, tales diligencias! Si Daniél no podía subir un lago tan profundo, ¿qué importaba dejarlo abierto? ¿Y si ya seguro con un peñasco, ¿para qué luego todo un Real Sello? Sin todo eso, ¿cómo podía escapar el miserable Profeta? No son para él esas diligencias, nos dice el Texto Santo, antes son todas en su favor: *Ne quid fieret contra Danielem.* Es porque no le hagan algun daño. ¡Hay mas estraña cosa! Pues es muy bueno, que lo dexan en el profundo entre Leones hambrientos, y en lo de fuera le ponen la defensa: cierre Dario de aquellos hambrientos Leones las bocas, que la boca del lago, antes es cerrarle del todo su escape. No lo haveis entendido (nos responde Dario) son los Cortesanos de mi Palacio los que tiran à quitar la vida al Profeta, porque se les aventaja en la privanza; pues de su virtud seguro estoy que no se le atreverán los Leones; pero no estoy seguro de la embidia, que desde fuera no le quitará la vida; pues quede entre Leones hambrientos, que menos fieros serán que Cortesanos embidiosos; que si de aquellos con quien vive no se libra, de las mas sangrientas fieras se escapa: tal es la enemistad que corre tan solapada entre los que son de un exercicio, que gana en crueldad à la mayor fiereza.

Pero aun se estiende la enemistad entre los que se llaman amigos, y debiéndoles servir de escarmiento en Judas, ese toman por exemplar: *Verruntamen* (dice gravemente sentido nuestro Redentor) *ecce manus tradentis me, mecum est in mensa.* (Luc. 22.) La mano del que me ha de entregar está en la mesa conmigo. ¿La mano, Señor? ¿la mano? Pues no está ahí en la mesa con vos Judas? ¿Cómo puede estar esa mano sola? Porque mientras pone la mano en el plato, está allá todo aquel maldito corazon en la venta. Pues, oh, ¡qué manos de estas se juntan en la mesa, se besan en la calle, que no son mas que manos, quando mas apartado está el corazon! *Ecce manus.* Mano para la bolsa, mano para la mesa, mano para la propia conveniencia, mano para conseguir; y en fin, mano de Judas para perder: mano de tinieblas para matar luces. De todos previno la queja sentidísima el Señor por boca de David (gran texto) al Salmo treinta y quatro: *Quoniam mihi quidem pacificè loquebantur; in iracundia terre loquentes dolos cogitabant.* Hablan con amistad, muy dulces de palabras; pero mientras así están hablando, con una ira de la tierra están en el pensamiento trazando la zancadilla. Todo el texto estaba claro, si una palabra sola no fuera tan difícil: *In iracundia terre,* con ira de la tierra. ¿Qué iras esta? Si es por lo terrible, diga que con una ira del Infierno: si es por lo fiero, diga que con una ira de demonio; aun es poca toda esa, dice nuestro Lorino, y por eso para significar la ira mas terrible, mas formidable, la llama ira de la tierra. ¿Pues quando vemos esta ira tan formidable de la tierra? Nunca; y en eso está lo mas terrible. Notad: Los otros elementos se suelen

declarar enemigos; el fuego, ¿quién no teme su colera? ¿quién no la huye? El ayre, y el agua, quando en esos mares se conjuran, ¡qué horror no ponen con su furia? Los navegantes lo digan, que aun antes de salir del puerto ya los temen; pero à la tierra, ¿quién la teme? Nadie, es el elemento amigo, el que nos sustenta, el que nos carga. Pero he aquí, que quando así nos está favoreciendo, sin dár à entender nada, allá por lo mas escondido de sus senos, concebida su colera de repente, ¡qué temblor! ¡qué horror! Todo se estremece, crujen los techos, se sacuden los edificios, bambanean las torres, y ¡quántas veces ha dexado una Ciudad hecha un comun sepulcro? Pues esa es la ira de la tierra: *In commotionibus terre.* Buelven otros una ría solapada, que quando menos lo pensamos, nos derriba un elemento, que siendo nuestro amigo, quando mas descuidados, nos arruina; pues esa es la ira mas temerosa, esa es en medio de la amistad la enemistad mas terrible: *Et in iracundia terre loquentes dolos cogitabant.* Y si hay de estos enemigos tantos, ¿quáles en fin son los enemigos, que hoy nos manda amar Jesu-Christo? No sé si diga que à todos, pues aun los mas proximos son los mas enemigos.

Ya, pues, con todos habla igualmente nuestro Divino Redentor, con enemigos declarados, y con solapados enemigos, con los que en lo interior ocultan rebocado el odio, y con los que en lo exterior declaran manifestar la enemistad; con los que aborrecen porque les hicieron agravios, y con los que sin haverles hecho agravio aborrecen: *Diligite inimicos vestros.* Y si en este amor consiste nuestra vida, estriva nuestra salvacion, triunfe yá en nuestros corazones el amor verdadero de todos nuestros proximos, pues no bastan con Dios aparentes ceremonias de solas palabras.

¡Oh, Soberano Dios de la paz! ¡Oh, benignísimo Dios de la clemencia! ¡Oh, Jesus amoroso, dueño de nuestros corazones! Si en esa Cruz, haviendooos puesto el odio de vuestros enemigos así, nos estais enseñando à perdonar agravios, ¿cómo habrá corazon, que se os resista, voluntad que no os imite, amor que no os obedezca? ¿Quién habrá que se niegue à vuestro precepto à vista de vuestro exemplo? Ya todos, mi Jesus, os seguimos, todos ofrecemos desde aquí el amor verdadero à quantos nos han ofendido. ¿Todos, dixé? ¡Oh, que no sé quantos de mi auditorio se niegan todavía à conceder este amor tan noble! Pues apartense del numero de los escogidos de Dios; separanse del rebaño, que en esta Iglesia tiene Jesu-Christo, y yá apartados esos desventurados, yo, mi Dios, mojado la pluma en esa Sangre preciosísima de vuestro costado, escribo desde aquí en nombre de estos vuestros escogidos que me oyen, un general perdón. Diganlo conmigo los que quieren aprovecharse de esta Sangre. Yo, Señor, en esos vuestros Sacratísimos Pies de xó, y depongo quantos agravios he recibido, y quantos en lo venidero me hicieron; yo os sacrifico todo el todo de mis sentimientos por víctima

de vuestra honra; y desde aquí ofrezco de todo mi corazón la paz, y el perdón à todos los que me lo pidieren, y propongo yo de pedirlo à los que ha agraviado, y prometo recibir con todo el amor de mi alma à los que me han sido enemigos. Perdonadme, mi Jesus, con aquella piedad con que yo perdono: recibidme à vuestros brazos, como yo à los míos admito los que me han ofendido, para que quando desatada esté mi alma del cuerpo, y presentada à vuestro severísimo Tribunal, mis pecados me acusen, vos seais mi defensor, vos mi Abogado: palabra me habéis dado de que me perdonareis, si yo perdono; pues yo perdono, y con vuestra misma Sangre lo firmo. Christianos, ¿hay alguno que no quiera firmarlo así? Declárese, que yo con esta misma Sangre de Jesu-Christo firmaré desde aquí la sentencia de su eterna condenación. Perezca el desventurado, perezca quien à Christo le niegue la demanda tan justa, y aquella misma Sangre, que lo había de salvar, esa sea la que le condene: no halle piedad quien no la tiene: no consiga perdón quien no lo dá; no logre misericordia quien no la usa; cayga, cayga, y prevalezcan contra él todos sus enemigos: quede su muger viuda, huérfanos sus hijos, y sus descendientes anden descarrifados, pobres y mendigos; arruínese su casa, diáspese su hacienda, y borrese de la tierra el nombre: *Et dispareat de terra memoria ejus, pro eo quod non est recordatus facere misericordiam.* Duren firmes en los archivos de Dios las memorias de todos sus delitos, para que quando parezca en aquel espantoso Tribunal, sea juzgado sin misericordia, quien no supo tenerla; y quien no quiso perdonar, salga de aquel Tribunal para siempre condenado: *Cum judicatur, exeat condemnatus.* ¡Oh! no permita, Señor, tu piedad infinita, que haya en este auditorio alguno, ó alguna, que hoy quiera salir de esta Iglesia condenado, que se quiera echar sobre sí estas espantosas maldiciones de las Divinas Escrituras, por conservar en su corazón un odio maldito! sino que todos con veras de nuestro corazón firmemos este general perdón. Perdonamos, mi Dios, porque tú nos perdones: ofrecemos à todos nuestro amor, porque tú nos ames; admitimos à todos à nuestra amistad, porque tú nos recibas à tu gracia.

RECETA DE SALUD DE LAS TRES principales enfermedades de la Piscina.

SEGUNDO VIERNES DE QUARESMA, AÑO DE 1691.

In his jacebat multitudo magna languentium, cæcorum, claudorum, & aridorum. Joan. cap. 5.

Rase en Jerusalén una prodigiosa Piscina, no en vano así llamada del comun, pues que aunque no tenía peces, parece que se pes-

caban en sus aguas los milagros, hallando en ellas todas las enfermedades, como de lance, la salud. *Probatica* era el nombre de su oficio, porque no estuviese ociosa mientras no hacia milagros, que no habían de ser estos pretexto para excusarse del trabajo. Servían, pues, de ordinario sus aguas de lavar para sus sacrificios al cercano Templo las víctimas; y no por emplearse así en este ejercicio sus aguas, dexaban de atender al Cielo, de donde les venía su virtud. Todo lo juntó el Hebreo, llamandola *Bethsaida*, casa de misericordia: donde, sin omitirse diligencias humanas, asisten socorros divinos. Así sucedía allí; porque à tiempos no prevenidos, baxando del Cielo un Angel, movía invisiblemente las aguas; y à su alboroto, siguiendose el alboroto en los enfermos, à toda prisa, unos tropezando con otros, el que primero caía, ese era solo el que se levantaba: eso es audir con promptitud quando llama Dios; que lo que nos parece caer es levantar; lo que nos parece ahogo es salud, y el que con resolución pierde el pie con que estrivaba en la tierra, ese en las aguas de la gracia gana todo el cuerpo para el Cielo. A la esperanza, pues, de este milagro, en cinco soportales que la rodeaban, yacía una multitud grande de enfermos, entreteniendolos ayes de su padecer con la mas costosa receta del esperar. Cosa rara! las aguas de salud, y à sus orillas muchos enfermos! Muchos sanos, dixera yo, pero eran enfermos de confiados; por eso, despreciando las medicinas, duraban en sus achaques con decir: Ahí está la Piscina, ahí está la Confesión: díen acá enfermos mas peligrosos: haré este pecado, que luego me confesará. ¿Y ya sabes que te confesarás? ¿Y ya sabes que te confesarás bien? ¿Y ya sabes que te quiera dar Dios el auxilio, que tanto le has de merecido? ¡Oh, confianza necia, que à tantos dexó sin remedio en la misma salud! No está lejos la prueba. Aquellas aguas sanaban los enfermos; ¿pero cuántos no sanarian? ¿Cuántos rendirian entre gemidos la vida, allí, allí, à las mismas orillas de su remedio? De uno sabemos, que contaba ya treinta y ocho años de cama, y en ella treinta y ocho edades de dolores, y treinta y ocho siglos de deseos; en su enfermedad, dice el Evangelista: *In infirmitate sua;* claro está que había de ser suya; no es tan claro, que pudiera estar enfermo de la enfermedad agena. Diganlo quantos viven de ser corretores de culpas, de escandalizar, de condesentir, y tapar. Suya era la enfermedad de aquel pobre, suya era; ¿pero qué enfermedad? El Evangelista de el todo nos la calla: mas ya todos han dado en decir, que él era el Paralitico, y se han salido con ello. No sé qué tiene esta voz comun del Pueblo, aun quando callan los Evangelistas. Ello lo debieron de sacar por los efectos, ó de que no se movía, ó de que era esto con mucha dificultad. ¿Así? Pues pa-

paralitico es. ¿Qué importa que se quiera solar el achaque mientras lo están manifestando los efectos?

Este, pues, era el estado de aquel Hospital, y Piscina quando se llegó la Pasqua. Qual de ellas? No lo dicen; y sea la que fuere, que para nuestra Vida Christo, en haciendo bien à los hombres, esa es su fiesta toda, y es su Pasqua. Entonces, pues, entró el Señor allí, y llevando en sus ojos las dos mejores fuentes de salud, se los robó desde luego, quizá por mas necesitado, aquel de treinta y ocho años de enfermo. Fuese acercando ácia él, ¿qué hermosamente apacible! Y sin mas ostentacion de aparato (que siempre atiende Dios mas al fruto) Hombre, le dice, quieres sanar? El entonces, mostrando que tanto como su enfermedad prolija le afligia su total desamparo, de éste se lamenta, y dexa que su querer, su misma necesidad lo publique muda. Qué quiero? (como si dixera) ¿qué quiero? para eso estoy aquí, y ha treinta y ocho años que de día, y de noche estoy queriendo. Pero soy tan desdichado, que sobrandome dolores, porque ni éste me falte, no hay quien de mí se duela: ni puedo valermelo yo, ni tengo quien me malga; un hombre solo no tengo, que quando se revuelven esas aguas me arroje en ellas; y si bien hago mi diligencia, por mas prisa que quiero darme, como vá tan despacio mi achaque, siempre llego tarde. ¿Así? Pues levántate, dice el Señor: levántate, carga esa tu camilla, y anda, vete. ¿Cómo, Señor? ¿Y no hay mas que eso para un enfermo de tantos años? No hubo mas; levantóse, recogió sus pobres trapos: echólos al hombro, y fuese. ¿Y fuese? quando ¿suspensa toda la admiracion no se mueve? ¿Y fuese? quanto atonito se queda embelesado el pasmo? ¿Y fuese? ¿quanto suspenso se pára el discurso? Fuese, descontentando en un instante solo de salud, treinta y ocho años de miserias; ¡Estupendo milagro! ¿Pero los demás enfermos? Esos acá se quedan para que ellos busquen, y les busquemos la salud, que basta dexarles el Señor, para que la consigán, la receta; no hemos de querer que lo haga Dios todo. Apenas sale aquel con su camilla acuestas, quando los Pariséos le meten à pleyto el milagro, con que no puede hacerse en Sabado, Dexemoslos rabiar embidiosos, que para nosotros sí el Sabado nos representa en Maria el mejor descanso de Dios, ese fue allí especial título para hacer el beneficio, como es acá motivo poderoso para conseguirnos la gracia. *Ave Maria.*

In his jacebat multitudo magna languentiam, &c. Joan. ubi supra.

EN una Piscina de achaques incurables toda una Republica de enfermos peligrosos, desde luego me desalentará el animo à conseguirles la salud, si no fuera el mismo Medico Divino el que les ofrece el remedio, que en uno solo, que por milagro dexó sano, à todos los dexó la receta para que puedan sanar sin milagro. Entro ya visitando las salas de los enfermos, para ver luego como al exemplo del que sanó, pero con su receta misma pueden quedar todos remediados. No me admiran, pues, que fuesen allí los enfermos tan muchos; lo que sí reparó, es, que fuesen las enfermedades tan pocas. Los enfermos una multitud grande: *Multitudo magna languentium;* y las enfermedades solas tres: *Cæcorum, claudorum, & aridorum;* ciegos, cojos, valdados. ¡Valgame Dios! tantos enfermos con tan pocas enfermedades! Diré la razon de mi reparo. Bien sé que basta una enfermedad sola para que de ella muchos enfermos adolezcan: eso se viene à los ojos; pero si en aquella Piscina sanaban todas las enfermedades sin reservarse alguna: *A quacumque detinebantur infirmitate;* luego acudirían à ella los enfermos de todas las enfermedades. Parece discurso legitimo; y si todas acudian, díganos el Evangelista, que hay muchos enfermos, y tambien muchas enfermedades; ¿pero en tan gran muchedumbre de enfermos, solas tres especies de achaques? ¿No habrá leprosos, hefticos, calenturientos, hydropico? ¿Qué en toda una Ciudad tan grande, tan populosa como era Jerusalén, no había mas que tres enfermedades? Pues à qualquier Hospital de México que vayan, sin haber muchedumbre de ánfimos, han de hallar mas de tres enfermedades. ¿Cómo, pues, en la Piscina, adonde todas concurrían, solas tres se hallan? Miren lo que he pensado, y considerenlo conmigo à lo práctico. Esos tres achaques eran los que en sí mismos tenían el embarazo de su remedio; no así los otros. Pongamonos à mirar la Piscina: la dicha, y la salud estaba allí, no en caer como quiera à las aguas quando se movían, sino en caer el primero, esse solo sanaba: *Qui prior descendebat.* Ahora, pues, muevense de repente las aguas; pero el ciego, como no las vé mover, mientras le avisan, mientras lo cree, mientras llama al Gomecillo, mientras lo lleva, zás, ganóle ya la vez el leproso, que como no tenía su mal en la vista, logró ya, y ya sale sano, y se despide, quando el ciego llega, y se queda suspirando à la orilla. ¿Qué se ha de hacer? Hasta otra ocasion, hasta otra. Vuelven à moverse las aguas, y el cojo, ó tullido, aunque las vé mover, mientras acude à las muletas, mientras las acomoda, por mas prisa

que se dá, retardado su movimiento, zás gánole la ocasion el héctico, que quanto mas delgado, se mueve mas ligero, y sale ya sano de su achaque, dexando el Hospital, quando el cojo llega à suspirar solo. Hasta otra vez, paciencia. Vuelven à moverse las aguas, miralas el valdado ansioso; pero con medio lado muerto, mientras llama, mientras vienen, mientras lo cargan, zás, logró ya el lance el hydropico, que no huvo menester quien lo cargara; sale ya bueno, se despide, mientras aquel se queda suspirando. Y he aqui como de una ocasion en otra, los otros salen, y estos se quedan: sanan los leprosos, los hécticos, los hydropicos, se despiden, y se ván. Y los ciegos, los cojos, los valdados, ahí se están, ahí se quedan siempre rezagados, siempre enfermos, y siempre sin remedio; porque tienen el embarazo de su salud en su misma enfermedad: *Cecorum, claudorum, & aridorum.*

¡Ah, enfermedades, que así de vosotras mismas os fabricais los imposibles al remedio! Sucede, Fieles, (porque vengamos de la general Piscina de Jerusalem al comun Hospital de México) sucede, que llegada una Quaresma, muévase à las voces de los Predicadores las aguas de la gracia, vienen, como de tropel, concursos grandes al Sermon de todo genero de enfermos, sanan por suma desdicha nuestra, y suya, no pocos; pero quienes? El uno, que lo precipitó su desdicha: la otra, que la arruinó su fragilidad; pero pasada la Quaresma, vemos que todavía se queda una muchedumbre grande de enfermos: *Multitudo magna languentium.* Quántos, ciegos en la pobreza, que mientras acaban de conocer la verdad, mientras acaban de vér su desdicha, voces, desengaños, avisos, ahí se están, ahí se quedan hasta otra Quaresma, hasta otra. ¿Y quántos años há, desventurado, que así te vás quedando siempre ciego? Quedanse los cojos de la vanidad y la soberbia, asidos à las muletas de excusas, por mas que los combidan los desengaños; y de un año à otro mas crecida la vanidad, y mas en punto la soberbia. Quedanse todavía los valdados de la avaricia, cerrandose mas apretadamente que sus cofres, y peores cada día, y mas de muerte. Pues à todos en una sola salud les dexa hoy el Señor general el remedio. Con tres palabras sanó aquel paralítico, y en esas mismas tres palabras les dexa la receta de salud à toda esta muchedumbre de enfermos: levante ciego; y así sanará: surge, toma sobre tus hombros esa cama, cojo de la soberbia, y así quedarás libre: *Tolle grabatum tuum:* muévete, anda, valdado de averiento, y así recobrarás tus fuerzas: *Et ambula.*

Digno es de suma admiración el cotejo, que ya os propongo. Comparad à David con David, para conocer así la mas terrible enfermedad. Vióse una vez ya victorioso, no menos de enemigos, que de trabajos, exaltado à la grandeza de el solio, y abrió brecha en su corazón por donde

la presuncion, y la arrogancia le hicieron nuevo asalto, y mas terrible. Mandó contar sus combatientes, glorioso al vér los campos embrazados con el numero de sus tropas: hizose à su mandado la reseña, y quando su Capitan General Joab le trae ya las listas de sus reseñadas escuadras; en las manos las tenia todavía, quando *percussit* (dice el Texto Santo) *percussit cor David eum,* le remordió la conciencia, le fatigó el escrupulo, y lo afligió tanto, que al punto, postrado por la tierra, reconocido, y humilde: Oh, Señor (clama à Dios) conozco mi pecado, y veo que es grande: *Et dixit ad Dominum: peccavi valde in hoc factio.* Viene embiado de Dios el Profeta Gad, y aun antes que hable una palabra sola, le sale David al encuentro, y le previene su reprehension con la Confesion espontanea de su culpa: *Confessione pravenit Dei nuntium,* dixo San Ambrosio: delicada conciencia por cierto, pero aguarden: peca otra vez David, comete aquel torpe adulterio con Bersabé, executa un sangriento homicidio, y llena à Jerusalem de escandalo. Y despues de tanto, un día, y otro se pasa, uno, y otro mes, y ya casi todo un año, y David se está tan sosegado, tan sin remordimiento, tan sin susto, tan sin escrupulo, que venido entonces de parte de Dios el Profeta Nathán, le pone delante punto por punto todo su delito claro, patente, sin mas que mudarle los nombres; y con todo eso, ni David lo vé, ni lo advierte, ni lo conoce. Pasmese ahora quien tuviere entendimiento à este cotejo. Allí apenas executa el pecado, yá sentido, yá visto, yá llorado: aqui cometido un tan enorme delito por el espacio de casi todo un año, ni lo vé, ni lo conoce, ni lo advierte: este poniendoselo à los ojos el Profeta Nathán, no lo ve; y aquel aun antes que el Profeta Gad le haga el cargo, yá David lo confiesa, y lo llora. ¿Qué es esto? ¿Qué ha de ser? Que era el segundo pecado de lascivia; y por eso dexa à David tan rematadamente ciego, que le quita la atencion, aun para admitir lo mismo que le están ofreciendo de remedio.

Por aquí salgo ya de una duda. Dudaba yo, y por qué siendo la ceguedad del entendimiento castigo general de todos los vicios, se ha de alzar con todo eso sobre todos el amor torpe con el nombre, las propiedades, y los hechos de ciego? Da la razon Santo Tomás: *Quia vitia carnalia in tantum magis extinguunt iudicium rationis, in quantum longius abducunt à ratione.* (2. 2. q. 53. art. 6. ad 3.) porque quanto mas se acerca por la carne la sensualidad à lo bruto, tanto mas se tupe à lo ciego, y quedandole al lascivo lo sufrido de un bruto para el azote, el afán, la fatiga, su misma ceguedad le estorva el buscar el remedio à su miseria. ¿Pues qué pensais, dice S. Paulino, que fueron los Filisteos, los que sangrientos le sacaron à Samson los ojos? No fue sino el amor torpe quien lo dexó ciego: no es ahora la taona la que así lo trata como un jumento-

mento; la ramera vil fue la que lo envileció como à un bruto. ¿No habeis oído ya el suceso? Ponelo aquella quatro veces en manos de sus enemigos, y à tan repetidos lances, aun no acaba de vér sus trayciones: lo engaña una, y otra vez, y aun no conoce los mismos engaños que toca. Pues sobrados tenia ya los ojos, quien lo mismo que miraba no lo veia: por demas tenia el entendimiento, quien à lo mismo que entendia no se daba por entendido, yá él se era ciego con la torpeza, yá él se era bruto con el amor; pues no se ha añadido mas sacandole los ojos, y atandole como jumento à una taona, que darle por castigo aquello mismo que era culpa, señalarle por pena lo mismo que el tenia por gusto, y vincularle su torpaco a lo que él escudó por delirio: *Cacitate punire, & mola, qui dignus est opere jumentario, qui semetipsum lumine rationis orbaberat.*

¡Ah, taonas del ciego rapáz! El à ciegas descargando el azote, y à ciegas dando bueltas al aperito bruto. ¿Qué solicitud! No sosiega: ¿Qué ansias! No paran: ¿Qué fatigas! No descansan, ¿Qué desvelos, qué sustos, qué congojas! Y siempre a las espaldas el azote, y siempre à el corazón las bueltas. Gimen las amarguras, suspiran las ansias, y jadean los ufanes, y la rueda no para. ¿Y todo para qué, hombrés! para que el diablo coma de lo que tú sin cesar te fatigas; para que el diablo triunfe de lo que tú afanado gimes, y para que el diablo te lleve à ti, y à lo que trabajas: *Qui peccatum operatur,* dice San Paulino, *in mola vitæ suæ hostile triticum molit, ut diabolus pascat, quæ sibi fames est.* Hombre desventurado, pobrecilla muger, esclavos de un ciego rapáz, mas ciegos quando con mas ojos; pues para quedar del todo sin ellos, decís que los poneis en lo que amais, quitandolos de lo que sois; decidme, con tantas desventuras como padeceis, tanto durar en sufrir, tanto persistir en padecer, y tanto porfiar en servir, ¿qué puede ser sino de un bruto lo sufrido, y de un ciego lo irremediable? Aun al jumento mas lerdo, y mas vil le tapan los ojos, dice San Paulino, para atarlo à una taona, porque si viera, espantado al golpe del azote, aun un jumento procuraría salirse de la fatiga. Pues andar siempre esa noria, y quedaros sedientos siempre: andar siempre esa taona, y vos hambrientos siempre ¿qué desventura es esta? ¿Qué tienes desventurada muger, sino una vida de mas que vil esclava en eso en que esperabas tu sustento? ¿Qué has adquirido? ¿Un tabuco de casa con dos trapos, que tú llamas galas, un lazo del demonio, que tú llamas joya, una soga, que te tira para el Infierno, que tú llamas perlas; y con eso mucha deshonra, mucha condenacion, y mucha infamia? ¿Qué importa, que todos te vean, si todos te señalan? ¿Qué importa, que todos te aplaudan, si todos te burlan? ¿Y qué importa, que ahora luzcas, si tan presto, reducida à horrores por la enfermedad, parará en viles cenizas? ¿Y no véis esto? ¿Y no procurarás tu remedio?

¿Pues eres ciega, y estás embrutecida. ¿Qué tienes, hombre desdichado, sino un azote continuo del diablo en eso que ponias tu gusto? Las rentas, si las hay, yá no alcanzan; el caudal, si lo hubo, yá no basta; yá el trabajo no puede las trampas yá no valen: los trabajos, yá todos se enfadan; yá todo alhaja por alhaja se ha vendido; yá la pobreza llega: yá te vé tan raydo de vestido, como de honra: tan falto de bolsa, como de conciencia: tan perdido de dinero, como de alma. ¿Dime, hombre (si lo eres, y no bruto) casado, debiendote reportar este estado, que mas te desenfrena, amancebado à los ojos de tu muger, y sin recelo al escandalo del pueblo y sin verguenza à los ojos de Dios; y sin temor: dime, ¿quántas advertencias, debes al amigo quántos desengaños al Predicador, quántas lagrimas à tu pobre muger, quántas miserias à tu familia, quántas desnudeces, y hambres à tus hijos, quántos avisos à la desgracia, quántas pérdidas à la hacienda, quántas inspiraciones à Dios, y quántas condenaciones à tu alma? ¿Y sobre tanto no hay remedio? No, no; pues eres ciego, eres bruto.

Dirásme, que son caídas de tu fragilidad; pues para esas te ofrezco con Jesu-Christo el remedio. Levantate yá de caídas tan de ciegos: *Surge.* ¡Oh, que no puedo dexar un amor de tanto tiempo! No lo has de hacer tú solo, sino la gracia. Me parece imposible dexar una correspondencia tan larga: Dios es el que te lo hará fácil, si te resuelves. Hay muchos embarazos, Ea, que no valen excusas: y si no vente conmigo à la Piscina. ¿Qué sería allí vér, que à un enfermo de treinta y ocho años se llega uno, que él tenia por hombre, que son caídas él entonces mas, resultamente le dice, *Surge,* levantate, ¿Señor (pudiendo él responder, y à lo humano muy bien) pues ha treinta y ocho años que estoy aquí tendido, y ahora tan sin mas, ni mas me dices tu que me levante? ¿Tan facil es eso? ¿Cómo me he de levantar, si estoy paralítico? Si apenas puedo mandar los miembros de mi cuerpo, ¿cómo me mandas tu que me levante? ¿Note parece, que serian mas legítimas excusas estas, que quántas tu puedes poner en esta tu pasión? ¿No eran mas verdades, que quántas puedes tu alegar en tu torpeza? Pues aguarda: ¿que es lo que hizo aquel? Levantate, y levántose; ¿como fue esto? Dios con él, y él con Dios: Dios à darle las fuerzas, y él à hacer sus diligencias; él à obedecer, y Dios à ayudar. En verdad que se puso en pie; y véis aquí vencidos los imposibles; Pues ciego, caído, levantate sin excusas, que Dios te dará fuerzas; resuélvete, y verás, como poniendo Dios su mano; vences los imposibles. Como tú te hallas ahora, se halla allí aquel Pródigo, quando dixo con resolucion: *Surge, & ibo ad Patrem meum,* me levantaré, me levantaré. En verdad que así lo hizo, y en levantarse estuvo su remedio: *Et surgens venit ad patrem suum.* Mis rato há que me está esperando una muy fuerte replica, y es: que si los enfermos del amor,

torpe son los ciegos: ¿por qué han de ser los cojos, los vanos, y soberbios? No puede ser (dirá cualquiera) acomodación mas desproporcionada, porque la vanidad, y la soberbia, ¿quién no sabe que antes ese es vicio todo de cabeza? De los casos lo han los soberbios, y vanos: luego no pueden ser estos los cojos, *claudorum*. Reconozco la dificultad del argumento; pero por mí responderá el Profeta Rey: Oh, Señor, le dice à Dios, toda tu misericordia imploro, porque reconozco que es mucho lo que te pido. ¿Y qué es lo que pide David? Yá lo dice: *Non veniat mihi pes superbiae*, que no tenga yo, Señor, que no me llegue jamás el pie de la soberbia. ¿El pie, Santo Profeta? Pues no dixeras, no me venga la cabeza de la soberbia; ¿pero el pie? Sí, que no tiene mas que un pie solo la soberbia: *Pes superbiae*. ¿Y qué pie será éste? Tan flaco, dice Angelio, tan débil, tan caedizo, que ese pie de la soberbia es la vanidad: *Pedem superbiae pompam in incessu, quam vana gloria ciet, intellige*. ¿Toda esa soberbia en el boato, esa pompa, esa gala, ese no ser menos que otro en las ostentaciones, y gastos; en qué pensais que estriva todo? ¿Sobre qué pie pensais que se sustenta? Sobre la vanidad: *Pes superbiae*. Y à la verdad, oyentes míos, que para esto no hemos menester muchas autoridades; dexadme decir à nuestro modo: ¿à cuántos trae en un pie esta vanidad, esta pompa, estas ostentaciones, de que está lleno México? Este querer ser todos iguales, este competir à parecer mejores, esta soberbia, ¿à cuántos trae en un pie? *Non veniat mihi pes superbiae*. Direlo de otro modo: ¿cuántos caudales cojean, porque se han de continuar las visitas? ¿Cuántas casas cojean, porque no ha de faltar coche? ¿Cuántos creditos cojean; porque, aunque sea de trampas, no han de faltar las galas? ¿Cuántos hombres cojean, porque aunque sea de lo ageno, han de ostentar sus mugeres la bizzarria? ¿Cuántas conciencias cojean, porque, aunque sea à costa de culpa, no han de dexar las funciones? Y cuántas almas cojean, porque, aunque sea con la sangre de los pobres, ha de mantenerse la pompa! Oh, qué de almas cojean! Y como andan en un pie, presto les falta; y como andan cojeando, presto caen. Oh, y no sea la caída en el Infierno: *Bene ait pes superbiae, non pedes*, dixo nuestro Lobesio, *superbo enim pes est unicus, qui diu consistere non potest. (In Oper. Mor. de pec.)*

Con que yá pienso que me confesarán su enfermedad; mas lo peor es, me responden, que es todo eso forzoso, porque mi calidad, mi puesto, mis obligaciones; ea basta, basta, que yá he oído muchas veces esa letanía, y yá parece que aún quieren establecer, como si fuera Ley de Dios, el ser vano, y el ser soberbio por adorno de la calidad. No quiero citar ahora las Isabeles de Ungria, y Portugal, que no dexaron de ser nobles, ni de ser Reynas por vestir lana: lo que sí digo, es, que no valen excusas, si quieren admitir el remedio: y si no vamos à la Piscina. Carga esa tu ca-

ma, le dice el Señor al Paralítico: *Tolle grabatum tuum*. Señor (podiera él responder) donde la he de llevar, que aquí en este puesto es donde yo la he menester: si por mí achaque me es necesidad precisa el estar en ella, ¿cómo aora me vienes tu con que yo la cargue? Si me es forzoso, y aun obligatorio mantenerme aquí, porque aquí tengo mi salud, que es lo que ahora me dices, que no lo entiendo? ¿No debes tú de saber la virtud que tienen esas aguas, que por eso me es forzoso sufrir aquí, pasar, y padecer? ¿pues cómo quieres que yo lleve de aquí mi cama? Todo esto pudo decir, calidad, puesto, obligación, respeto; mas nada dixo. Carga esa cama, y la cargó al punto, y acabaronse excusas de calidad, puesto, y obligación: *Tolle grabatum tuum*.

Yá, pues, si quieres tú sanar del pie de que cojeas, echate al hombro toda esa ostentacion, que à tí te parece que ella te lleva muy glorioso, y eres tu en la verdad el que la cargas: quiero decir, tantéa tu caudal, mide tus fuerzas, y proporcioaa tus hombros; y tomándole el peso à toda esa balumba, dexando con eso lo que tanto te abruma, quedarás de los pies mas firme. Allá David no quiso admitir las Armas de Saúl para salir contra el Gigante; pruebálas primero, y yá armado tiente à andar, y al punto: No puedo, dice, no puedo dar un paso: *Non possum sic incedere*. ¿Y de qué me servirá à mí el morrion, el peto, las glebas que me defienden de los golpes el cuerpo, y la cabeza, si yo por los pies me hallo flaco? No, no puedo con ellas, dexolas. Pues atended ahora. Sale al campo, llegabroso, logra el tiro, postra al Gigante, cortale la cabeza, y yá se vuelve; ¿pero cómo vuelve? Dice el Texto: *Assumens autem David caput Philisthai, attulit illud in Jerusalem; arma vero ejus posuit in tabernaculo suo*. Vuelve David cargando la cabeza del Gigante: ¿qué monstruosa! ¿qué formidable! ¿qué grande! ¿Fuerte carga! Pues junto con ella, trae tambien cargadas sus armas todas, lanza, alfanje, morrion, peto, y espaldar, todo à proporcion de aquel torreon de carne; de peso, y de grandezza imponderable. Ahora preguntó yo: ¿Y puede andar David con todas esas armas cargado? Pudo desde el campo hasta Jerusalem. ¿Cosa rara! De modo, que antes desde Jerusalem hasta el campo no pudo andar, ni dar un paso consolas las armas de Saúl, y ahora desde el campo à Jerusalem puede andar con todas las armas, y con toda la cabeza de un Gigante? Oh, que vá mucho, me dirán, de ir à pelear, à venir de vencer! vá mucho, de llevar sobre sí un empeño, à venir, habiendo salido del empeño tan ayroso: vá mucho de ir un pobre Pastor; à volver yá un triunfante Libertador de Israel. Buena respuesta. Pues eso mismo digo yo: probó antes con lo que podian sustentar sus pies el peso de las armas; armas lucidas, dice, y yo cargado de tanto empeño? No quiero lucimiento con empeño; armas doradas de un Rey, quando yo soy un pobre Pastor? No, no me ajustan; pues dexolas, y dexa-

dó vencedor, y pudo yá con lo que antes no podía. Pues buen remedio: pon sobre tus hombros lo que cargues, reconoce si puedes, mira si son los tuyos mas empeños, y deudas, que lucimientos, y con eso te aseguraras mejor los pies, de que tan peligrosamente cojeas, porque tanto cargas: *Tolle gravatum tuum*.

Vemos por esa calle un bizzarro coche, lacayos, y libreas, y en él muy ufano su dueño; mas con todo pregunto yo: ¿quién carga à quién? El coche al dueño, ¿ò el dueño al coche? Necia pregunta por cierto. ¿Pues quién no vé que el coche es el que vá cargando con tanta bizzarria à su dueño? Yo así lo veo; mas con todo veamos si mi pregunta tuvo fundamento: *Pater mi (le dice allá à Elias Eliséo): Pater mi currus Israel, & auriga ejus*. Oh, Padre mio, que eres carro de Israel, y su cochero. Dos renombres son estos muy distintos, y aun del todo encontrados: porque el carro es el que carga; al cochero lo cargan, y ambos oficios hace Elias à un tiempo mismo? ¿Es carro, que sobre sí carga, y es cochero que lo cargan? Sí, que ambas cosas andan juntas, el cargo, y la carga; pero con esta distincion, (reparenla) que quando à él lo cargan, lo cargan à él solo: *Auriga ejus*, bien poca carga es esa, cargar à un hombre; pero luego él solo, como carro carga. ¿A quién? A todo un Pueblo, y un Pueblo muy numeroso carga à todo Israel: *Currus Israel*. De modo, que porque lo carga à él solo, carga él solo todo un Pueblo. Terrible peso! ¡Horrible carga! Al caso: Lleva à su dueño el coche, sí; pero al mismo tiempo el dueño carga sobre sí todo ese coche, carga las mulas, carga el cochero, carga los lacayos, y carga todo lo que en su casa le corresponde, que suele ser todo un Pueblo de familia: *Currus Israel, & auriga ejus*. ¡Fuerte peso! terrible carga! ¿Y qué pies han de bastar para sustentar tanto? Pues asegurar los pies, porque todo nó cayga.

Mas, ¿qué hará quien el peso lo tiene todo metido dentro del corazon? *Filii hominum, usquequo gravi corde*. Esos son los valdados, dice el Eminetissimo Hugo: *Aridorum per duritiam cordis, quia in devoti sunt, & incompatientes ad opera misericordie*. Unos hombres, que teniendo todo el corazon en el dinero, y todo el dinero en el corazon, con medio lado valdado, ni à la Dios pueden dar un paso, ni un paso à la los pobres: para con Dios, ¿qué sin jugo de devocion! y para con los pobres, ¿qué secos, sin una sola gota de piedad! Es el corazon el rico, el poderoso en toda la república del cuerpo, es el que atesora toda la moneda corriendo en la sangre para repartir luego con ella los vitales espiritus al cuerpo: ¿mas qué, si cerrados los caminos de repartir, si obstruidas las puertas para dar, ¿el se queda con todo? Yá se seca el brazo, yá la pierna, yá el medio cuerpo. Oh, qué enfermedad tan terrible, que yá desde la vida corriendo à medias con la muerte, en un cuerpo junta mitad de eamà! mitad de se-

pultura! ¿Qué enfermedad es esta? Es todas las enfermedades juntas, es todos los males en uno, y es el corazon poseido de la avaricia: *Radix omnium malorum*.

De estos hablaba Job, y dice, que los derribará Dios, como suele el segador derribar las puntas de las espigas: *Sicut summitates spicarum conterentur*. El castigo no me admira; reparo sí en la comparacion: ¿cómo las puntas de las espigas? Diga, que los postrará como al arbol, que quando mas pompa ostenta en la frondosidad de sus ramas, la segur por la raíz lo postra; como la torre, que quando mas firme en su elevada altura se muestra, el rayo por el cimicento la desmorona; ò como à la estatua, que quando mas resplandor de oro, y plata en cabeza, y pecho, la piedrecilla basta para que arruinados los pies de barro, toda quede desecha en polvo; pero como las puntas de las espigas: *Sicut summitates spicarum*? ¿Por qué? Notad: Brota del grano la macolla; ¿qué hermosa, qué fresca, qué lozana descuella de entre su pompa la caña, qué derecha buscando siempre el Cielo, levantandose siempre à la alto, empieza à llenarse la espiga, vá granando jugosa, abastecida siempre al rocío que del Cielo recibe, donde tiene puesta su mira; pero en habiendo yá granado, en viendose llena, empieza à ir faltando el jugo, al paso que se le vá pintando el oro; y así que se vé llena, y con oro, seca, vuelve yá la cabeza, olvida el Cielo, inclínase toda, y toda su atención à la tierra: *Sua sponte arefacta*, dixo nuestro Cornelio, *languido collo est, cervicem inclinat*. ¿Antes quando pobre tan derecha, y yá quando abastecida tan inclinada? ¿Antes toda la mira al Cielo, y yá toda su atención à la tierra? ¿Qué es esto, que yá del todo seca, contenta con su oro, y con su grano, ni del Cielo quiere admitir el jugo? Pues cayga de una vez la que así se inclina: *Ut summitates spicarum conterentur*.

¡Ah, espigas racionales, llenas, pero sin jugo, áridas, secas, y valdadas! Veréis un pobre hombre en México con obligaciones de honrado, y con incomodidades de pobre, anda trazando su fortuna: qué modesto en su parte, qué atento à Dios, al Templo, à los Sacramentos, qué devoto! ¡Ah, si Dios me diera una mediana pasadía para sustentar mis obligaciones, ¿como atendiera yo à su servicio! Si Dios me diera caudal, cómo acudiría yo à los pobres! Yo aseguro, que no habian de ir desconsolados de mis puertas, porque sé yo lo que es ser pobre. Bien: ¡qué buenos deseos! ¡qué santos intentos! En esto, y sus diligencias, apenas se vén sobrados los cien pesos, le crecen à los deseos otras tantas alas, vase levantando la vara todavia sin olvidar al Cielo. Acerró en una compra, faltó la flota, vendió por las nubes. Arriba, caudal, arriba. Vale Dios aumentando la hacienda como espuma: yá es hombre de treinta, ò quarenta mil pesos; empieza à salir à la espiga la raspa: yá puede atravesar, ò toda la lencería, ò

raspa: yá puede atravesar, ò toda la lencería, ò toda la lana de una flota, y yá con esa raspa le sobran arrimados los cincuenta, y los cien mil pesos; dalos à daño, lleva veinte por ciento por el dinero que se había de estar emboheciendo; empiezo à ser en el Lugar de lo mas granado, que yá lo granado ha dado en hacerlo el dinero; y veis aqui yá esa espiga, que con el peso, y con los pesos inclina toda la cabeza ácia la tierra: yá no hay nada de Dios, ya no hay nada del Cielo; tan seco del todo el espíritu, como valdada la mano, y el alma medio muerta. ¡Ah, hombre! ¿Y qué es de aquellas promesas que hacías en tus principios? Tengo muchos negocios, ¿Qué es de aquellas limosnas? Tengo muchas obligaciones. ¿Qué es de tu Dios, hombre? Que no tengo yo mas Dios, que mi dinero: *Ut summities spicarum conterentur*. Pues sabete, que ese está ya seco para el Cielo, es estar prevenido para la hoz; te cortará Dios, y dexando el grano para otros, la raspa quedará para quemarte à ti en el Inferno.

Lo peor es, que siendo su enfermedad tan peligrosa, à él le parece (y así lo dicen de ordinario) fulano está bien sentado. En verdad que así estaba sentado Mateo en el Telonio: *Sedentem in Telonio*. Poneselo à mirar el Crysologo tan bien sentado en las talegas, que lo rodeaban al despacho, à la cobranza, al recibo: este que entrega; aquel que cuenta; aquí que escriben; allí que apuntan, y vuelve ácia nosotros admirado: veislo, dice, que tan bien sentado parece, pues peor está, y de mas peligro enfermo, que estaba allí aquel paralytico: *Fratres, deterius jacebat in Telonio publicanus iste, quam paralyticus jacebat in lecto*. Aquel caído à la miseria de su achaque; éste derribado al peso de sus talegas: aquel embargado del humor; éste aprisionado de la codicia: aquel falto de fuerzas no se mueve; éste oprímido de riquezas no se levanta: pues peor está Mateo, peor está que el paralytico: *Deterius jacebat*. Pues si à aquel el achaque le postraba el cuerpo, à éste la codicia le tiene sin movimiento el alma: *Sic alligabant vincula cautionum, saeculorum ponderibus sic premebant, ut ad justitiam surgere, ad virtutem progredi non valeret*. Ni se puede levantar à la virtud, ni puede dar un paso ácia Dios. Pues aunque tan bien sentado os parezca, valdado está, y valdado de muerte.

Yá, pues, desventurado enfermo, anda un poco, *Ambula*; y en eso estará tu remedio: sal de ese brete que te aprisiona; dá unos pasos fuera de esa esclavitud que te oprime; dexa un poco ese cautiverio que te encarcela; anda ácia Dios, ácia el caudal de tu espíritu, ácia las ganancias de tu alma. ¡Oh, que tengo muchas obligaciones, muger, hijos, familia, y Dios me manda, que lo cuide! No lo niego; ¡pero tan sentado, que no te deba tu salvacion un paso, quando te debe el dinero tantos desvelos? ¿Que no te deba tu alma una diligencia, quando te debe tu caudal

tantas fatigas? ¿Que no haya lugar para Dios, para el Templo, para los Sacramentos, para las buenas obras, quando hay días, meses, y años para los despachos, para los empleos, para las cuentas, y aun para los logros? Ea, que no valen excusas: mejor que tú pudiera allí haberlas alegado el paralytico. Anda, vete, le dice el Señor, *Ambula*: Señor, pudiera él haberle respondido, ¿con qué pies me tengo de ir, que no los tengo? Si apenas puedo tenerme en esta cama, ¿cómo podré sustentarme en mis pies? ¿Con qué fuerzas, quando todas me faltan, y por eso estoy aqui esperando no menos que ganar la salud? ¿pues cómo me dices ahora que me vaya? Todo eso podía haber dicho; mas nada dixo. Anda, vete, y al punto anduvo, y en verdad que se fue. Mira si à ti te impiden mas tus negocios que à aquel lo impediria su achaque; mira si à ti tus dependencias te aprisionan mas que aquel lo aprisionaria su enfermedad. Pues para servir à Dios no tienes que alegar excusas; anda, anda, y quedarás sano: *Sequere me*, le dice allí el Señor à Mateo, quando tan valdado entre su dinero; rompe esas prisiones (perifraséa el Crysologo) dexa esos lazos, buscate à ti, de tanto como buscas, que no quedarás perdido, si à ti mismo te ganas: *Dirumppe vincula, solve laqueos, quare te, perdo unquam, ut te valeas invenire*. ¿Y qué hizo Mateo à aquella voz? *Et secutus est eum*. Dexó al punto libros, cuentas, talegas, y ¿qué halló? Los tesoros del Cielo, y el mejor libro del Evangelio.

Yá he acabado mi sermón; mas no sé si he conseguido todavía vuestro remedio, que habiendo éste menester vuestra voluntad, de poco servirá que el mismo medico del Cielo aplique la medicina, si la voluntad todavía se resiste dura; pero he acabado. Si con la queixa, que pudiera tener aquella muchedumbre grande de enfermos, pues que si à uno solo sanó nuestro Redentor, à todos les dexó segura la receta para conseguir la salud, pero si todavía se quieren estar caídos los ciegos, quédense ciegos; si se quieren quedar renqueando los vanos, quédense cojos; y si no quieren moverse los avarientos, quédense valdados, que quizá malogrando esta ocasion, no tendrán otra. ¡Oh, JESUS, Medico amorosísimo de nuestras almas! Logra tú con tus inspiraciones lo que de tus palabras perciben de salud nuestros oídos, que nada podrá tan provechosa medicina, si al calor de tus auxilios nuestra voluntad no se mueve: alumbra tú à los unos para que vean, y conozcan el estado lastimoso, en que están caídos: alienta à los otros, para que sacudiendo de sí el peso tanto mas intolerable, quanto mas vano, aseguren el alma de la peor ruina; y à los otros dales una eficaz resolucion, para que rompiendo lazos tan peligrosos, en tí solo busquen aquel logro, que sobre ser infinito, es eterno; y hallemos todos en solo tu amor la salud, en sola tu gracia la vida, y de uua, y otra la firmeza eterna en tu Gloria.

DE LA RESTITUCION DE LA HACIENDA agena.

VIERNES TERCERO DE QUARESMA, AÑO DE 1691.

Occidamus eum, & habebimus hereditatem ejus: Auferetur à vobis regnum. Matth. c. 21.

LOS tres plazos de el tramposo, en que paga tarde, mal, y nunca, si no son hoy literal inteligencia, à lo menos parece la mas genuina alegoria à la parábola de nuestro Evangelio, que nos ofrece desde luego materia à bien importante doctrina. Yá porque estos tres plazos son de suyo muy dilatados, y muy largos para verlos mas de espacio; bien hemos menester ganar tiempo. La narracion, pues, del Evangelio, es toda una parábola, que habiendola despues los Judios con la muerte sangrienta de nuestro Redentor convertido en verdadera literal Historia, así à nosotros los Católicos nos queda todavía aviando el temor, que no seamos de esa parábola, ò semejanza ò retrato en nuestras costumbres. Fue, pues, un Padre de familias, que à todo esmero de su diligencia plantó una viña; y sin perdonar desde el collado hasta la torre, la previno de todos los arreos necesarios à su cultivo, y de todas las seguridades que podían conducir para alcanzar su logro, y para adelantar sus medras. En esto hubose de ausentar, y por eso la entregó à ciertos arrendadores, paccionando con ellos, que por lo que gozasen de sus frutos, acudieran tambien al dueño con la paga à sus tiempos. En recibir, y gozar ellos no hubo dificultades, pero en pagar, ahí si que fueron los pleytos. Porque corrido ya el tiempo, embia aquel sus criados por la paga de su arrendamiento; y ellos tan ingratos como villanos, y tan groseros como rusticos, al un criado le hieren, al otro le matan, y el tercero se lo despachan à pedradas. Buen despacho por cierto, linda paga; pues yá vá un plazo. Dió largas la paciencia, que era el dueño muy noble: dexó correr à segundo plazo, segundo tiempo; y buelve otra vez à embiar en el tiempo de los frutos à sus criados; pero el fruto que sacan es, otra vez heridas, muertes, y piedras. Segundo plazo vá, y dura todavía la trampa; pero halló dilacion en la grandeza de aquel, que no solo era señor, sino que quería ostentarse padre. Corrió tercera vez el tiempo, y yá por vér si de avergonzada se movia la ingratitud, determina à embiar, no yá à sus criados, sino à su hijo mismo; ¡mas quando supo de respetos la villanía? ¿Quando entendió de cortesías el interés? Antes el vér al hijo fue acabar de rematar en ellos la codicia de la herencia. Venid, se dicen, y lo mismo es decirlo que hacerlo; quitemosle à este la vida, y lo que es suyo será nuestro. En verdad que así lo executan sangrientos, sacanlo mas allá de la cerca, y dexan

con su sangre rubricadas las espigas. Yá es por tercera vez. Esto es lo que sucede, esto pasa. ¿Qué os parece que se debe hacer con estos arrendadores? ¿Qué? ¿Resenden indignados, y coléricos; que perezcan, que paguen, que se les quite con toda violencia la viña, y que se le entregue à quien sepa honradamente corresponder con sus frutos. ¿No direis esto mismo, Católicos? Pues aguardad, les dice allí el Señor à los Fariseos, y les repito yo acá à mas de dos de los que me oyen. Contra vosotros habeis determinado el castigo, y habeis fulminado la sentencia. Vosotros sois los arrendadores tan repetidamente ingratos, y así se os quitará la viña, y en ella quedareis privados de un Reyno. Cada uno recorra en su conciencia si es comprendido. Y mientras que lo piensan, y yo se lo descubro, acudamos à aquella, que siendo viña del pacifico, en ella tuvo siempre Dios todos sus pláceres; porque sin sentir de lo humano las villanías, le dió à su Magestad en solo un razimo el fruto de la universal Redencion, y la dulzura de toda la Gracia. *AVE MARIA*.

Occidamus, & habebimus: Auferetur à vobis regnum. Matth. ut supra.

Persuadir que se restituya la hacienda agena, bien temo, que es venir hoy à cansarme en vano: mas con todo, yo he determinado malograr este rato, perder este tiempo, dexar frustrados mis deseos, y despreciar fatigas, con tal, que Dios por mi boca justifique mas, y mas su causa, que la sangre de aquellos siervos que allí embió su Magestad à cobrar sus frutos, que no eran otros en el sentir comun, que sus Predicadores, y Profetas; aunque sin conseguir la paga, se vió derramada, no quedó por eso perdida. Pues no consigan hoy nada mis voces, que para con Dios yo espero, que no han de quedar malogradas. En tres plazos, pues, se dilatò allí de los arrendadores la paga, que corresponden à otros tres plazos, en que acá muy de ordinario vemos que se restituye la hacienda agena tarde, mal, y nunca. Así lo decís muchas veces; pero he aqui que en este tan ordinario modo de decir, tiene mi rudeza que dificultar. Porque quien paga tarde, yá paga. ¿Pues cómo se compadece el tarde, junto con el nunca? Por lo que está en medio, me dirán: porque el que paga tarde, paga mal, y el que paga mal, nunca paga. Buena respuesta. Pero aun to davia tengo instancia. Porque si nunca paga, digase desde luego, que no paga. Que si ello el pagar es nunca, eso es lo mismo que decir que no paga. No por cierto. Bien se compadece el pagar, y el nunca. Nunca paga, y con todo eso paga en la verdad. ¿Cómo puede ser esto? ¿Les parece Mysterio? Pues vamos al Evangelio. Y pregunto: ¿Allí los arrendadores pagaron algo en aquellos tres